

talmente de sus más preciosas joyas. Como Rachel inconsolable llora los cuerpos venerables de sus hijos cuya sangrienta firma, puesta abajo de su símbolo, está pidiendo la admiración y la fe del universo. ¿Qué va á ser de todas aquellas iglesias de Francia, de Suiza, de la Inglaterra, y de la Alemania, viudas de sus santos y de sus mártires? ¿Con qué reemplazar tantos ilustres modelos, cuyos gloriosos ejemplos, como otras tantas columnas luminosas, dirigen la marcha de cada cristiandad en los tenebrosos desiertos de la vida; cuya presencia era para todos una predicación continua y su poderosa oración era un refugio, un baluarte, una bendición? Y además, mientras que la Europa católica pierde á sus protectores y á sus guías, un nuevo mundo sale, como por milagro, del seno de las olas. La América se poblará muy pronto de iglesias y de cristianos. Para estos hijos nacidos ayer, se necesitan patronos, modelos, amigos, ¿y en donde encontrarles?

En este monumento dos veces solemne se abren para no volverse á cerrar, todas las puertas de la Roma subterránea. La gran ciudad de los mártires, explorada con el ardor de la ciencia y en la perseverancia de la fe, vendrá á reparar las pérdidas de las iglesias de la Europa y á enriquecer las jóvenes cristiandades del Nuevo-Mundo. Mientras que Lutero y sus imitadores atizan con más violencia el incendio sacrilego que reduce á cenizas los antiguos monumentos del altar católico, y los tesoros de las santas reliquias en la mayor parte de la Europa, San Felipe Neri, seguido de San Carlos Borromeo va á sepultarse en las silenciosas galerías de las Catacumbas. Durante doce años sin su morada habitual. Allí es donde los dos Moisés, mezclando durante noches enteras sus lágrimas y sus oraciones en la sangre de los mártires, consiguen para la Iglesia una victoria

largo tiempo disputada. 1 Este ejemplo imitado por un gran número de piadosos fieles despierta la piedad hacia los mártires y reabre el camino de nuestros venerables cementerios. Por su parte, la Providencia acaba de llamar á la vida al hombre inmortal que será el Cristóbal Colon de las Catacumbas.

Antonio Bosio, nacido en Malta, vino á Roma en calidad de agente de la orden de Malta. Vastos conocimientos, una sana crítica, un raro génio, una perseverancia más rara todavía, distinguen al arqueólogo predestinado de Dios para cumplir una de las más grandes tareas de que la historia hace mención. Siguiendo los pasos de San Felipe y de San Carlos, baja Bosio á las Catacumbas y su instinto adivina al punto los inmensos tesoros ocultos en las entrañas de aquella tierra sagrada. Va á arrojarle á los piés del Papa Clemente VII y le pide el permiso para comenzar excavaciones. Le fué concedido este, y Bosio se sepultó vivo en las Catacumbas en donde pasa treinta y tres años de su vida desde 1567 hasta 1600. 2

Mientras los sepultureros despejan las galerías obstruidas, él recorre en todos sentidos aquellas en que puede tener acceso, ya arrastrándose, ya bajando con

1 Essendosi intralasciata la ricerca de' cimiteri e de' sagri corpi di modo che erano quasi pasti in oblivione luoghi si sagrosanti, nel secolo XVI si rinnuovo la devozione de' medesimi, colle visite frequenti di S. Philipo Neri e di S. Carlo Borromeo, i quali anche vi dimoravano e notti intere in fervore orazioni: ed Antonio Bosio, etc.—“Habiéndose interrumpido la investigación de los cementerios y de los sagrados cuerpos de tal manera, que casi se habían olvidado lugares tan sacrosantos, se renovó en el siglo XVI la devoción á los mismos con las visitas frecuentes de San Felipe Neri y de San Carlos Borromeo, los cuales permanecieron en esos lugares sagrados noches enteras en fervorosas oraciones. Antonio Bosio, etc.”—Boldetti, *Osservaz.*, lib. III, c. IX.

2 Bottari, *Prefaz.*, p. 3.

escalas, con el riesgo cien veces repetido de perecer en aquellos profundos subterráneos. Todo lo que encuentra lo estudia, lo describe, lo dibuja él mismo ó lo manda dibujar con una exactitud curiosa: monumentos antiguos, piedras sepulcrales, inscripciones, *loculi*, pinturas, bajos relieves, lámparas, cátedras pontificales, altares, jarras de bronce, de tierra cocida, etc.; nada se le escapa. Cuando la muerte vino á sorprenderle, pudo decir como el poeta: *Exegi monumentum aere perennius*. Sus inmensos trabajos fueron puestos en orden y publicados en 1632 por empeño del sabio P. Severano, Oratoriano de Roma; despues fueron traducidos al latin por el P. Aringhi, miembro de la misma Congregación.

Entretanto los descubrimientos de Bosio habian fijado la atención de la Santa Sede: pareció conveniente y hasta necesario regularizar la exploración de la Roma subterránea. El ilustre arqueólogo vivia aún cuando Clemente VIII prohibió bajo pena de excomunion, á toda persona de uno ú otro sexo, de cualquier estado ó condicion que fuese, eclesiástico, regular ó secular, que entrase sin permiso á alguna de las grutas, Catacumbas ó cementerios situados dentro ó fuera de Roma, y extrajese alguna reliquia aunque fuese una partícula; y esto bajo pena de castigos corporales, prisiones ó multas y excomuniones en que se incurria por solo el hecho, reservada al Soberano Pontífice. El 12 de Agosto de 1613 apareció un nuevo decreto de Paulo V que confirmó el precedente; el 16 de Mayo de 1624, otro de Urbano VII en el mismo sentido; el 3 de Enero de 1688 otro de Clemente IX en el cual se encuentran las mismas prohibiciones bajo las mismas penas. El 13 de Enero de 1672 Clemente X por su decreto *Ex commisso nobis, etc.*, renovando las disposiciones ya

tomadas por sus predecesores, confió la vigilancia exclusiva de las Catacumbas al cardenal vicario, quien para ejercerla con mejor éxito, la remitió á un guardian general, siempre revestido del carácter episcopal ó sacerdotal. 1

El primer guardian de las Catacumbas elegido por el cardenal Carpegna, vicario de Clemente X, fué el canónigo D. Vicente Guizzardi. Entró al cargo en el mes de Enero de 1672, y mereció por sus luces y alta virtud continuar sus funciones bajo el pontificado de Inocencio IX. A Guizzardi sucedió uno de los más dignos émulos de Bosio, el ilustre anticuario de Urbino, el prelado Fabretti. 2 Fué reemplazado éste por Monseñor Alejandro Bonaventura, quien habiendo sido nombrado capellan de Su Santidad, tuvo por sucesor al inmortal Boldetti. El excelente canónigo de Santa María *in Trastevere*, unia á las luces de un sabio de primer orden todo el celo de un anticuario aumentado con la devoción de un eclesiástico. Pasó treinta años de su vida en la visita y estudio de las Catacumbas.

Para secundarle, la Providencia le dió otro él mismo en el P. Marangoni, canónigo de Agnani y protonotario apostólico. Las obras de aquellos modestos grandes hombres han llegado á ser verdaderos tesoros de antigüedades sagradas. En el último siglo, las Catacumbas encontraron un nuevo intérprete en uno de nuestros compatriotas el sabio d'Agincourt, que habiendo venido á Roma por algunos meses, pasó allí cerca de medio siglo, ocupado de su gran *Historia del arte por los monumentos*. 3

Por las huellas de tantos ilustres antece-

1 Boldetti, *Osservaz.*, lib. I, c. XLVII, y lib. I, c. XLVI.

2 Su obra está intitulada: *Inscriptiones antiquae*; Roma, 1702 in folio.

3 Paris, 6 vol. in folio.

sores se adelanta hoy el P. Marchi, de la compañía de Jesús. Hace catorce años que la Roma subterránea se ha convertido en su domicilio y todos los días encuentra allí nuevas riquezas.

Esto no debe admirar cuando se piensa en que las tres cuartas partes de las Catacumbas están aún por descubrir. 1 No obstante, se conoce su circunferencia aproximativa del mismo modo que el contorno de Pompeya, aunque la mayor parte de la ciudad permanece sepultada bajo las cenizas. ¿Pero de dónde viene que después de trabajos tan largos y tan activos no han sido completamente visitadas las Catacumbas? Los desplomes habidos en gran número de ellas, la obstrucción de las galerías, tales son las dos causas que han retardado la marcha de los exploradores.

En cuanto á los desplomes, las devastaciones de los bárbaros, los temblores de tierra, la acción de los siglos, la desaparición de las piedras sepulcrales, bastan para dar razón de ello. ¿Pero de qué proviene la obstrucción de las galerías, por otra parte perfectamente conservadas? Para encontrar la causa es necesario referirse á la historia misma de las Catacumbas. Sabemos que los primeros cristianos abrieron la entrada de sus cementerios al mismo tiempo en los arenales ó canterías paganas, y en los campos y jardines dados por sus hermanos. Este era el primer medio de sustraerse á las investigaciones de los per-

1 Aspri sono gli accessi che colaggiú menano, et quelle vie, quelle stanze, quelle chiese sono in parte piene di orridezza e di pericoli, in parte sono a metà ostruite ó interamente interrate; talchè neppur forse nella quarta loro parte hanno potuto finora essere conosciute ed esplorate. «Son tan ásperos los caminos que conducen por debajo hácia abajo; las vías, las habitaciones, las iglesias están en parte llenas de oscuridad y de peligros, y en parte están casi obstruidas ó enteramente enterradas, de tal modo que apenas se habrán podido descubrir y explorar en una cuarta parte.»—Marchi, p. 1.

seguidores; pero no bastaba. Era necesario ocultar á sus ojos los terrones, la toba, y la puzolana sacados de las galerías; de otro modo se hubieran puesto las víctimas al alcance de sus verdugos. En consecuencia, después de haber transportado durante la noche los sobrantes de la primera galería á un lugar lejano, ó de haberlos arrojado á la profundidad de un arenal abandonado, ó de haberlos hecho desaparecer de algun modo, cavaban los sepultureros sus *loculi*, los llenaban, los cerraban, luego abrían una nueva galería cuya tierra servía para llenar la anterior. La misma operación continuaba á medida que avanzaban en las entrañas de la tierra, á ménos que encontrasen el medio de transportar á otra parte los escombros que provenían de las nuevas excavaciones.

Este medio debieron buscarlo á menudo, y es necesario convenir en que las Catacumbas privadas debieron encontrarlas sin trabajo. Por allí tuvieron la facilidad de descubrir lugares, cryptas, galerías más ó ménos numerosas que sirviesen de retiro á los fieles. La prueba de este método es todavía palpable en las Catacumbas. De este modo se escombra una galería perfectamente intacta y colmada desde su base hasta la bóveda de puzolana y de toba granular quebradas; se la despeja y se encuentran todos los sepulcros cerrados, las jarras de sangre, las palmas al lado de los *loculi* de los mártires, las inscripciones, los adornos íntegros; nada está desarreglado. Esta es una prueba evidente de que la galería ha sido obstruida primitivamente del modo y por la causa que acabamos de decir.

Otras veces las galerías, aunque llenas en toda su extensión, presentan sepulcros vacíos, tumbas destruidas, el pequeño nicho de las jarras de sangre abierto ó roto. En estas observaciones se reconoce que la operación de llenarlos es posterior al siglo

sexto, época en que la Iglesia romana comenzó á extraer de las Catacumbas los cuerpos de los mártires. 1 ¿Pero por qué en ese tiempo de paz se volvían á llenar las galerías exploradas? Se hizo esto por muchas razones: la primera, con el fin de proteger las galerías interiores no visitadas aún; la segunda, á fin de dejar en lugar santo la tierra mojada con la sangre de los mártires y con las lágrimas de nuestros padres. Esta costumbre se ha convertido con el tiempo en una ley de tal modo rigurosa que hoy mismo no se puede, bajo las penas más graves, arrojar fuera de los cementerios una paletada de tierra de las Catacumbas; toda la que proviene de las excavaciones debe ser llevada á las galerías ó á las *areæ* ya recorridas. Se puede agregar para algunos casos particulares que la obstrucción proviene, al ménos en parte, de los terrenos de aluvión que bajan á las Catacumbas por las aberturas practicadas desde su origen en la superficie del suelo, á fin de dar un poco de aire y de luz. 2

Las excavaciones, comenzadas hácia el siglo sexto, moderadas en la Edad Média, suspendidas en los siglos décimocuarto y décimoquinto, han sido reemprendidas por Bosio, como hemos visto, en el siglo décimosexto. Desde aquella época se continúan cada año con un celo y una inteligencia que no dejan nada que desear. Tienen lugar sobre todo durante el invierno y la primavera, porque en aquellas dos estaciones, siendo el aire ménos caliente, la salud de los cavadores y de los guardianes nada tiene que temer de las fiebres y de las enfermedades. La parte de las dispensas de matrimonio que no va á las misiones ni á los pobres, sirve para retribuir á los cavadores, que son por otra

1 Boldetti, lib. III, c. III.

2 Marchi, ps. 49—95.

parte pocos. Más tarde hablaremos de la vigilancia de los trabajos.

Ahora que conocemos la historia general de las Catacumbas, volvamos á la visita particular de cada cuartel de la Roma subterránea. Un largo rastro de sangre va á conducirnos de los cementerios de la Vía Aureliana, á los de la Vía de Porto.

No lejos del acueducto de Trajano estaba una ancha piedra llamada la Piedra de los malvados, *Petra Scelerata*. Un día, habían sido extendidos en ella cuatro mártires; los verdugos les rompían los huesos con cuerdas provistas de plomo. ¿Cuál era su crimen. Se habían negado á adorar al emperador Cómodo, que tenía la pretensión de hacerse pasar por Hércules y de que se le tributaran los honores divinos. ¿Cuáles eran sus nombres? Eusebio, Vicente, Peregrino y Ponciano. ¡Gloriosos mártires, orad por nosotros!

A algunos pasos, hé aquí al pretor Platon sentado en su tribunal. Delante del representante de Aureliano aparecen encadenados veintitres cristianos, cuyos jefes se llaman Mandálio, Trípodas y Basílido; se niegan á sacrificar á los dioses y su sangre riega la tierra que pisamos. ¿Veis aquella multitud tumultuosa que cubre el Janículo y se dirige á la Vía Aureliana? tiene tormentos que saborear; corre allí como al anfiteatro. Por orden de los divinos emperadores Diocleciano y Maximiano, cuatro veteranos del ejército, Basílido, Cirino, Nabor y Nazario, han declarado que eran soldados de Dios antes de serlo del César; van á pagar con sus cabezas su noble valor. Desgarrados á mordidas de escorpiones, derraman por Jesucristo los restos de la sangre cuyas primicias dieron á la patria.

¡Sangre fecunda en mártires! Artémio el carcelero, Cándida su esposa, y su hija Paulina se convierten; el hacha del pretor

corta la cabeza de Artémio, y las manos de los verdugos precipitan á Cándida y á Paulina á las profundidades de una crypta, en la cual las sepultan bajo un monton de cascajo y de piedras. Tales son las principales escenas que se presentan en aquella parte del Janículo, al piadoso recuerdo del viajero.

Avanzando hácia la *Vía Corneliiana* encuentra otras no ménos sangrientas, no ménos ilustres. A las glorias paganas de la familia *Cornelia*, cuyo nombre y cuyos monumentos recuerda esta vía, sucede una gloria cristiana más durable y más pura. Hace quince siglos, dos hermanas igualmente distinguidas por sus gracias y su nacimiento, Rufina y Secunda, borran allí todos los otros recuerdos. Miéntras que Augusto no podia encontrar seis vestales en todo el imperio, bastaron pocos años al cristianismo para llenar á Roma con un pueblo de vírgenes. Rufina y Secunda habian contraído con el Hijo de Dios aquella augusta alianza que ennoblece á la mujer, que hace de ella un poder y la iguala con los mismos ángeles. Se las ofrece los partidos más brillantes. ¡Vanos aparatos! la Virgen cristiana no sabe perjurar; y el juez Arquesilao condena á las dos hermanas á morir! Pero como los profanadores tienen sacrilegios particulares para los vasos más sagrados, así los tormentos más variados y más espantosos se ejercerán en las esposas de Jesucristo hasta que el tirano, avergonzado y cansado, mandó conducirles á una selva llamada *Silva Nigra* (selva negra), á fin de ocultar á los ojos de los hombres la muerte de ellas, y la vergüenza de él.

La órden fué ejecutada, y los cuerpos de las vírgenes cristianas, abandonados á los animales carnívoros, quedan sin sepultura. Pero el Señor, que habia asistido á sus mártires durante la vida, no las abandona durante la muerte. Las fieras resp.

tan sus preciosos despojos, y la noche siguiente las dos santas, rodeadas de gloria se aparecen á una de sus amigas, hija como ellas, de las más nobles familias de Roma. "Plautilla, le dicen ellas, deja de mancharte adorando los ídolos; cree en Jesucristo y ven á tu propiedad en la *Vía Cornelia*; allí encontrarás nuestros cuerpos y les darás sepultura donde puedas." Plautilla se dirige á toda prisa al lugar indicado y encuentra los cuerpos de sus amigas sin mal olor y sin lesion; ella adora, cree, y manda levantar un sepulcro á las vírgenes de Jesucristo. El brillo de aquella muerte, los milagros de que se hace teatro el sepulcro, hacen cambiar el nombre de la selva. En vez de *Silva Nigra* es llamada *Silva Candida*, nombre venerable y glorioso que lleva todavía y que uno de los obispos suburbicarios añade á su título. 1

Una sangre no ménos ilustre dió á beber aquella misma *Vía Cornelia*. Todos los grandes mártires debian librar sus combates y alcanzar sus palmas inmortales á la vista de la soberbia Roma. Así lo exigian las manchas profundas de la capital del paganismo, y la dificultad de arrojar al demonio de su fortaleza, y la necesidad de herir al vil mundo de asombro y de estupor. De las extremidades del Oriente habia venido á Roma, bajo el imperio de Claudio, una noble familia persana, compuesta del padre, de la madre y de los hijos. Se les convence de que son cristianos y todos son condenados á morir; se les conduce á la *Vía Cornelia*, al lugar llamado las aguas de Catabasso, y allí se despliega contra aquellos ilustres extranjeros una crueldad que habria hecho avergonzar á los bárbaros. Se comienza por golpearles con palos como viles animales; se les extiende en seguida sobre el caballete; se les queman las costillas

1 Episcopus Portuensis et SS. Ruffinae et Secundae in Sylva Candida. Cod. ms. S. Petri. et S. Caecil. Obispo Portuense.

con carbones; se les desgarran el cuerpo con peines de hierro; se les cortan las manos; luego Marta, la madre de aquella gloriosa familia, es ahogada; á Mario su marido, á Audifax y á Abaco sus hijos, les cortan la cabeza; en fin, para agotar su rabia, los verdugos arrojan á las llamas los restos mutilados de los mártires. Aquellos cuerpos sagrados no perecerán todos enteros; el 14 de las calendas de Febrero, una valerosa cristiana, llamada Felicitas, viene á sacar del pozo el cuerpo de Santa Marta y á recoger las cenizas de sus compañeros, á quienes ella sepulta todos juntos en su propiedad. 1

A la luz de las hogueras y con los piés en la sangre, llegamos á la *Vía de Porto* á la entrada de las Catacumbas de San Ponciano. Hé aquí uno de los cuarteles más antiguos y más vastos de la Roma Subterránea. Cuando se acuerda uno de que los Judíos habitaban más alla del Tiber; de que San Pedro bajó desde luego hácia ellos; que hizo allí nobles conquistas, entre otras, Priscila y Aquila; de que la persecucion de Neron debió caer sobre los cristianos de aquel cuartel como sobre los demas, se comprende la necesidad de un cementerio en la vecindad, á fin de no comprometer á los vivos. Se sabe, en efecto, por las inscripciones, que los mártires ó los cristianos eran generalmente inhumados en las Catacumbas más cercanas á sus domicilios ó al lugar de su muerte. Citaré dos solamente publicadas una por Bosio y otra por Boldetti. La primera es la de una humilde cristiana llamada Pollecla, vendedora de cebada en la *Vía Nova*, y que fué enterrada en el cementerio de San Calixto, cerca de la *Vía Nova*:

1 Martyr. Rom. 14 Kalen. febr. y de Santa Rufinae y Secunda in Sylva Candida.

DE BIANOBA

POLLECLA QVE ORDEV BENDET DE BIANOBA.

La segunda es la de los santos mártires Simplicio y Faustino, ahogados en el Tiber é inhumados en la Catacumba de Santa Generosa *ad Sextum Philippi*, cuyo rio baña sus cercanías:

MARTYRES SIMPLICIVS ET FAVSTINVS
QVI PASSI SVNT IN FLVMEN TIBERE ET POSI
TI SVNT IN CEMETERVM GENEROSVS SVPER
FILIPHI.

«Los mártires Simplicio y Faustino, ahogados en el Tiber, fueron puestos en el cementerio de Santa Generosa *ad Sextum Philippi*.»

Así, aunque la Catacumba que vamos á visitar lleva el nombre de San Ponciano, que vivia á mediados del siglo tercero, se remonta ciertamente á una época anterior; su extension misma es otra prueba de antigüedad. Los sepultureros no cavaban sus galerías y sus *loculi* á tontas y á locas, sino sucesivamente y una junto á otra. Los simples cristianos y los mártires llenaban las tumbas á medida que iban muriendo. No se dejaban galerías separadas para los mártires, de distinto modo que para los otros fieles. Es necesario deducir de aquí que miéntras más se encuentran mártires separados los unos de los otros en las diferentes galerías de una Catacumba, más persecuciones ha visto esa Catacumba. 1

Muchos nombres diferentes designan el vasto cementerio de San Ponciano. A este noble Romano que vivia bajo Alejandro Severo, debe el primero. Ponciano era uno de aquellos ricos y celosos neófitos cuya fortuna y cuya vida fueron consagradas dignamente al servicio de la Iglesia naciente. El Papa Calixto, obligado á huir, fué con diez de sus clérigos á pedir un asi-

1 Marchi, p. 25.